



Domingo XXIII Tiempo Ordinario

Ciclo A
10 de septiembre de 2023

I NOTAS EXEGÉTICAS

Ez 33, 7-9

Si no hablas al malvado, te pediré cuenta de su sangre.

El profeta Ezequiel se compara a sí mismo con un centinela militar, encargado de dar la voz de alarma ante el peligro. El profeta se siente responsable de la suerte espiritual de su pueblo y por eso se considera en la obligación de permanecer vigilante frente a los peligros a los que se enfrenta. Es la misión de Ezequiel frente a los exiliados de Babilonia. Ha anunciado primero la destrucción de Jerusalén en castigo por los pecados acumulados durante generaciones por la comunidad israelita, ahora tiene que anunciar nuevos peligros para la vida religiosa de los exiliados y formar la conciencia de estos en orden a la constitución del nuevo núcleo de restauración nacional.

Como portavoz de la Palabra de Dios, tiene que anunciar los peligros para que el pueblo los entienda. Si no quieren oírle no tendrá responsabilidad alguna en la muerte de ellos, como en el caso del centinela militar. Y al contrario, si éste no cumple su misión de anunciar el peligro de invasión del enemigo, será responsable de lo que pase y pagará con su vida su falta en el cumplimiento del deber.

Observamos que gracias a la intervención del profeta, Dios retrasará la ejecución de la sentencia al malvado, siempre a la espera de su conversión.





Salmo 94 1-2. 6-7. 8-9

Ojalá escuches hoy su voz: no endurezcas tu corazón.

Las dos partes que componen este salmo corresponden a diferentes momentos de una o de varias acciones litúrgicas: la primera, que corresponde a los versos 1 al 7, es un canto procesional dirigido a la comunidad para invitarla a ingresar jubilosamente a la morada del Señor. En la segunda parte, versos 8 al 11, se escucha un oráculo del Señor que exhorta a Israel a no imitar la incredulidad y la rebeldía de sus antepasados en el desierto.

Este salmo era utilizado por los judíos en las ceremonias de renovación de la alianza. Mediante dos exhortaciones, los levitas, organizadores del culto en el templo, invitan a la asamblea a participar activamente en la celebración: “vengan... aclamen... griten... entren... póstrense...” A cada invitación la muchedumbre responde mediante una fórmula ritual estereotipada de asentimiento, que comienza por un “sí”: “sí, el gran Dios es el Señor” (la creación), “Sí, Él es nuestro Dios” (la alianza).

La Iglesia nos propone recitar este salmo cada mañana y no es mera casualidad. La invitación a la alegre alabanza del comienzo es una invitación diaria. La advertencia severa para resistir a la tentación es también una invitación positiva: hoy “todo es posible”. El pasado es pasado, el mal de ayer se acabó. Una nueva jornada comienza.

Rm 13, 8-10

Amar es cumplir la ley entera.

En estos versos Pablo quiere recalcar cuál es para el cristiano el punto central de todo su quehacer moral y manifiesta que, en la interacción con el “mundo y con la sociedad”, el cristiano no solo debe cumplir las obligaciones legales con el Estado, sino cualquier deber que surja en sus relaciones interpersonales, pero también, y sobre todo, que por encima de cualquier obligación el cristiano se mueve por el amor, amor-ágape que es la regla fundamental de su comportamiento ético.





El amor nunca hace lo suficiente, ni jamás se da por satisfecho; quiere ir siempre más allá, el amor es la plenitud de la vida en Dios y, en últimas, es el objetivo que persigue toda la ley veterotestamentaria. En este sentido, los mandamientos del decálogo debidamente entendidos no son más que “derivaciones aclaratorias del gran mandamiento del amor”.

Cuando es el amor el que dirige las diferentes relaciones interpersonales, a nadie le ocurre mal alguno. Esto es ciertamente lo mínimo y fundamental; aun así, en nuestra realidad, esto es indiscutiblemente difícil.

Mt 18, 15-20

Si te hace caso, has salvado a tu hermano.

El pasaje evangélico de este domingo quiere recordarnos la dolorosa experiencia del pecado, la condición inhumana que conlleva y sus consecuencias: la pérdida de gracia y la infelicidad.

El Señor Jesús nos enseña cómo actuar cuando un hermano ha caído en esta situación, nos recalca un error que debe ser totalmente evitado, difundir la noticia del error cometido. La difamación solo sirve para marginar a quien se ha equivocado y para acrecentar su sufrimiento.

El primer paso que el Señor sugiere es: si amas al hermano, ve, dile sólo a él, conviértete en un ángel que acompaña al hermano en su experiencia dolorosa, supera todos los prejuicios, debes correr el riesgo porque está en juego la vida de tu hermano. Si sacas a tu hermano de su experiencia dolorosa, gracias a tu amor, habrá una gran fiesta en el cielo.

Un segundo paso en el caso de que tu hermano no te escuche: si amas al hermano no lo puedes abandonar a su destino, toma contigo a uno o dos y ve de nuevo a hablar con él. Ten siempre presente que el objetivo es recuperar a tu hermano, no pueden entrar aquí ni juicios ni condenas, él debe sentir que son tres amigos, tres hermanos de su comunidad que están de su parte y le aman.





Un tercer paso si aún no te escucha: dilo a la Iglesia. El cristiano es hijo de una comunidad y debe crecer con esta conciencia de pertenecer a una familia. El objetivo de la Iglesia no será nunca tratar de liberarse del que ha tomado un camino errado, ni avergonzarse de él. Ella no puede desatenderlo, ni desanimarse, ella quiere recuperar a su hijo, debe ayudarlo a tomar conciencia, debe ayudarlo a recuperar la dignidad y el valor de su compromiso bautismal y de su condición de hijo de Dios.

Puede suceder que no escuche tampoco a la Iglesia y entonces, dice Jesús: “sea para ti como un pagano o un publicano”. Pero atención, porque esta conclusión tomada a la ligera puede llevarnos al rechazo del hermano. Jesús era llamado amigo de publicanos y pecadores y aunque se le considere al hermano que ha pecado como un pagano o un publicano, debe entenderse siempre como un amigo de Jesús, porque el objetivo debe ser siempre la salvación del hermano.

El texto nos propone además una promesa y una recomendación que el Señor Jesús hace a su comunidad: la promesa de atar y desatar, que significa saber discernir aquello que es justo y aquello que está equivocado, aquello que conduce a la vida y aquello que conduce a la muerte. La recomendación es uno de los hilos conductores del evangelio de Mateo, se trata de la garantía de su compañía en toda la vida de la comunidad; así lo encontramos en el cumplimiento de las promesas con el Emmanuel (Dios con nosotros) (1,23) y en la promesa final de estar con nosotros hasta el fin del mundo (28,20). Enmarcado en estos dos textos leemos hoy: “donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (18,20).





II PISTAS PARA LA HOMILÍA

- El sentido de responsabilidad por el hermano, que preocupa extremadamente a Ezequiel, preocupará también a Pablo en su misión de evangelizar: “¡ay de mi si no anuncio el evangelio!” Y debe ser motivo de preocupación constante de la comunidad y de cada uno de nosotros.
- La realidad dolorosa del pecado es lastimosamente una experiencia que todos afrontamos. En nuestra identidad de hijos de Dios vale la pena preguntarnos qué hace Dios cuando uno de sus hijos ha errado el camino; aquí están en juego su amor y su misericordia. Para sus hijos que se hacen mal con el pecado, Dios-Padre tiene un solo objetivo, que no es el que le rindan cuentas, sino recuperar lo más pronto posible, para la gracia, a su hijo que se ha deshumanizado y que es infeliz y, cuando logra atraerlo de nuevo al camino de la gracia, habrá en el cielo una gran fiesta.
- No se trata de echar a los publicanos y pecadores, de abandonarlos o de hacerlos a un lado. Si una persona toma su camino y no escucha ni a uno, ni a dos, ni a la comunidad, y es motivo incluso de escándalo, es deber de aquel que se ha hecho un ángel del Señor, del hermano que ama de verdad a su hermano, hacerse cargo con más decisión, con más entrega, con más empeño y entrega, de aquel que le necesita y conducirlo de nuevo al camino de la vida verdadera.
- La oración personal y comunitaria se convierte en la mejor forma de vivir en la presencia de Dios. Estamos llamados a cultivar el encuentro comunitario, a hacernos sentir como una comunidad que ora, que discierne y que está unida a los hermanos, especialmente a los que se han alejado por el pecado. El Señor sigue presente en su comunidad, el camina con nosotros, sostiene la vida de la Iglesia y acompaña la fe sus hijos.





III SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición de entrada

Hermanos: Como todos los domingos, nos hemos reunido en torno a la mesa del Señor que es banquete de comunión. La participación en esta Eucaristía avive entre nosotros verdaderos lazos de cercanía, como expresión del amor mutuo al que somos llamados. Participemos con gozo.

Monición a las lecturas

Mediante el ejercicio de la mutua corrección y de la oración en común, las comunidades cristianas se van consolidando como verdaderos espacios de crecimiento en la fraternidad y en la fe. La Palabra del Señor estimule a cada uno de sus miembros en esta responsabilidad compartida.





Oración de fieles

Presidente

Con la certeza de que el Señor está en medio de nosotros cada vez que oramos, hagamos más fuerte nuestra plegaria y presentémosle las necesidades de unos y otros.

R/. Escucha, Señor, y ten piedad.

1. Nuestros ojos no dejan de contemplar la grandeza de tus maravillas, te pedimos que la Iglesia nunca deje de glorificarte mediante la oración litúrgica.
2. Mediante la predicación y la enseñanza tus pastores instruyen a tu pueblo, te pedimos que sus palabras fomenten entre sus comunidades el amor recíproco y la reconciliación.
3. Las instituciones del gobierno deben estar al servicio de las naciones, te pedimos que sus dirigentes reciban con espíritu de humildad y gratitud los reclamos de los ciudadanos.
4. Muchas familias afrontan serios problemas relacionales que comprometen el trato respetuoso, te pedimos que el sano ejercicio de la corrección fraterna contribuya al fortalecimiento de los vínculos.
5. Ante los varios dramas y sufrimientos de nuestro tiempo te pedimos que como comunidad (*parroquial*) no nos desentendamos de las necesidades de nuestro prójimo y cooperemos solidariamente en favor de quienes tienen necesidades materiales o espirituales.

Presidente

Señor, en comunidad te hemos presentado nuestra ferviente oración, acéptala y auxílianos siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

